



Cadernos
de pesquisa interdisciplinar
em ciências humanas

ISSN 1678-7730 Nº 89 – FPOLIS, MARÇO DE 2008.

La condición humana de la política en la modernidad

Héctor Ricardo Leis & Eduardo Viola

Editor

Prof. Dr. Rafael Raffaelli

Conselho Editorial

Prof. Dra. Carmen Rial

Prof. João Lupi

Prof. Dr. Héctor Ricardo Leis

Profa. Dra. Júlia Silvia Guivant

Profa. Dra. Miriam Grossi

Prof. Dr. Selvino José Assmann

Editora Assistente

Naira Tomiello

Secretário Executivo

Angelo La Porta

La condición humana de la política en la modernidad¹

Héctor Ricardo Leis & Eduardo Viola

RESUMO: O texto procura determinar os fatores que definem a qualidade da política, entendida como sua capacidade para produzir resultados bons ou ruins, tanto para os indivíduos como para a sociedade em geral. Os argumentos são condensados numa equação.

Palavras-chave: condição humana; reconhecimento; Estado de Direito; ressentimento; populismo.

ABSTRACT: The text tries to determine the factors that define the quality of the politics, understood as its capacity to produce good or bad results, so much for the individuals as for the society in general. The arguments are condensed in an equation.

Key-words: human condition; recognition; Rule of Law; resentment; populism.

La corrupción y la perversión son más perniciosas y, al mismo tiempo, más probables, en una república igualitaria que en cualquiera otra forma de gobierno. Hablando esquemáticamente, las mismas se manifiestan cuando los intereses privados invaden el dominio público, esto es, nacen de abajo y no de arriba. Fue precisamente porque la república excluyó por principio la vieja dicotomía de gobernante y gobernado que la corrupción del cuerpo político no dejó al pueblo indemne, como en otras formas de gobierno, donde apenas los gobernantes o las clases dirigentes necesitaban ser afectados y donde, por eso, un pueblo 'inocente' podía, ciertamente, sufrir primero y luego, un día, efectuar una terrible pero necesaria insurrección. La corrupción de las propias personas – diferente de la corrupción de sus representantes o de una clase dirigente – solo es posible bajo un gobierno que les haya garantido su participación en el poder público y les haya enseñado a manipularlo. (...) El peligro mortal para la república fue el hecho de la Constitución haberle dado todo el poder a los ciudadanos, sin darles la oportunidad de ser republicanos y de actuar como ciudadanos.

Hannah Arendt

¹ * Posfácio do livro: *Héctor Ricardo Leis & Eduardo Viola, Brasil y Argentina en el mundo de las democracias de mercado*, Rosario (Argentina), no prelo pela Editora Homo Sapiens.

El desarrollo acelerado de la ciencia y la técnica a lo largo de los siglos XIX y XX no ha traído como consecuencia la eliminación de los mitos. La política es un campo mítico por excelencia. No se trata de entrar en el debate sobre los fundamentos teológicos de la política, que a partir de los trabajos de Carl Schmitt no cesan de asombrar al pensamiento político moderno, interesa apenas destacar que el recurso a los mitos para entender el sentido último de la política, desde Platón hasta nuestros días, no es un acaso. El autor de la *República* no pidió ayuda a los mitos apenas para ejemplificar sus argumentos, estaba reconociendo de hecho las limitaciones de la razón para influenciar y orientar el comportamiento político de los ciudadanos.

Pero si el carácter mítico de la política perdura a lo largo de la historia, sus contenidos no son siempre los mismos, cambian con los tiempos. Los mitos de la época de Platón no son los mismos del presente. La política transcurre en ciclos de larga duración que cambian imperceptiblemente para los que se habituaron a vivir en la sombra de los acontecimientos (como los esclavos de la caverna platónica), tornándose visibles apenas para el observador que toma prudencial distancia de los mismos. En la Edad Media era difícil dudar de la creencia de que el rey se hallaba al margen y por encima del pueblo y de la ley. En aquella época, la libertad de los súbditos era entendida como una concesión del monarca, en vez de un derecho natural o preexistente. En un extremo, el poder feudal, cuyo poder “descendía” de Dios, distanció al máximo el rey del pueblo. En el otro extremo, pero con idéntica naturalidad, la modernidad concibió al poder “ascendiendo” del pueblo, fundiendo prácticamente a gobernantes y gobernados en un único cuerpo. Aunque simétricamente invertidos, los extremos se tocaban en su radicalidad para impedir la política, haciendo ahora el populismo lo que antes hacía el aristocratismo. Por esta razón, cuando la concepción del poder descendente de los reyes medievales fue substituida por la del poder ascendente de la modernidad, los iluministas no percibieron los mecanismos de substitución de un mito por otro y creyeron estar asistiendo al fin de la historia. Interpretaron el proceso de secularización como un camino civilizador irreversible. Lo que era un ciclo vigorizador de la política fue interpretado como el destino final.

No puede negarse que el mundo cambia, pero las apariencias suelen ser engañosas y la salida de la caverna platónica puede ser confundida con la entrada en otra caverna, tan oscura como la anterior con relación a la supuesta verdad última. Los elementos que definen la naturaleza de la política cambian menos de lo que aparentan a la largo de la historia. En este sentido, los

antiguos eran más sabios que varios de los más ilustres modernos. Para Aristóteles, los cambios de un tipo de régimen político para otro indicaban ciclos históricos que tanto podían corresponder a un momento de decadencia como de auge. La naturaleza de la política no se encontraba en la apariencia de sus instituciones, sino en la naturaleza de sus resultados y prácticas. La democracia (entendida, para efectos de simplificación, como el gobierno de la mayoría) no era ni buena ni mala en sí misma, y tampoco lo era la monarquía (entendida como el gobierno de uno). De un punto de vista ético o político no había como comparar esas dos formas entendidas abstractamente. La comparación solo era posible desde la perspectiva de la naturaleza de la política derivada de regímenes concretos. Cuando degradada, la democracia se transformaba en tiranía de la mayoría, que podía ser no menos nociva para el conjunto que una monarquía degradada. Para los griegos, cualquiera fuese el régimen político (monarquía, democracia o aristocracia), este podía adoptar una naturaleza buena o mala, obligando a resolver el drama de su degradación por medio de la substitución de un tipo de régimen por otro, que a su vez también cumpliría un ciclo parecido y sería substituido en su momento.

Lo anterior no niega la existencia de determinadas formas de evolución o progreso a lo largo de la historia humana. Lo que se afirma, en cambio, es que la dinámica histórica se da en múltiples dimensiones y lugares, con avances en algunos y retrocesos en otros. El cambio histórico es siempre heterogéneo y selectivo. No es la humanidad que progresa como un todo sino determinados sectores, en determinados momentos. En el siglo XX, los hombres y mujeres de la Rusia Comunista y de la Alemania Nazi vivieron en las peores cavernas imaginables de la historia. La historia contemporánea muestra que algunos valores y sistemas políticos y económicos son mejores que otros, en términos de progreso y felicidad humana - después de la implosión del comunismo soviético no se justifican dudas razonables sobre la superioridad de la democracia liberal y la economía de mercado, con relación a la dictadura del proletariado y la economía colectivista o estatal, respectivamente. Pero los valores y sistemas superiores no se imponen por sí mismos. Las sombras de la caverna nunca dejan de existir.

El sistema internacional contemporáneo es un complejo mapa de luz y sombras desde la perspectiva de la conciencia de sus habitantes. Pero esto no significa que las soluciones sean fáciles, a pesar de que los diferentes pueblos y países vivan hoy en un sistema político-social-económico-científico-técnico globalizado que coloca a su disposición las mismas “caja de

herramientas” para construir la realidad. Pero por muchos motivos, los usos que las naciones hacen de esas herramientas nunca son iguales y eso condiciona sus opciones presentes y futuras. En los capítulos sobre Brasil y Argentina de este libro fue desarrollada la noción de *habitus*, extraída de la obra de Norbert Elias, para mejor entender la naturaleza de la política. La importancia de este concepto difícilmente puede ser sobrestimada. El mismo se sitúa en el centro del debate sobre el progreso de la humanidad. Un factor decisivo para explicar el diferente uso de las herramientas disponibles en cada momento histórico se encuentra en la noción de *habitus*. Si la condición necesaria para el progreso reside en la disponibilidad mayor o menor de las herramientas, la condición suficiente (y casi siempre ignorada en el debate de la ciencia política) es esa estructura social-subjetiva de larga duración denominada *habitus* por Norbert Elias.

Son extremadamente escasos los ciudadanos concientes de su *habitus* nacional. Cuando el país vecino, con historias e recursos naturales parecidos, comienza a levantar vuelo, los habitantes del país atrasado tienden atribuir a terceros lo que debiera ser atribuido a la naturaleza negativa de su política (terceros que, en el contexto de América Latina, reciben generalmente el nombre de “Imperialismo Yanqui”). De que otra forma explicar, por ejemplo, el despegue de Chile, en términos de progreso político y económico sustentable, y de Uruguay, en términos de desarrollo político, con relación a otros países de América del Sur con el mismo pasado dictatorial en los años 70 y cuyos actuales gobiernos están pautados por las mismas ideologías izquierdistas. Ocurre que la naturaleza de la política no es la misma en Uruguay y Chile, que en Brasil y Argentina, y ese es un hecho sobre el cual no es nada fácil reflexionar a fondo desde una perspectiva comparada.

Los *habitus* tienen un parecido de familia con la caverna platónica, en la medida que sus habitantes no tiene condiciones de imaginar la existencia de otra realidad, diferente a las sombras que ven reflejadas en la pared. La existencia continuada de prácticas sociales y políticas perversas pueden llevar a una sociedad a internalizar comportamientos que producen desencuentros trágicos entre la acción y la palabra. Un buen ejemplo de esta tragedia son las prácticas populistas, que cuando radicalizadas en un contexto democrático transforman a la defensa de la democracia en un verdadero mito. La percepción de que estas cuestiones están muy lejos del debate actual nos llevaron a pensar en la necesidad de sistematizar de forma más rigurosa los presupuestos que están por detrás de el análisis político de este libro.

Los principales temas de nuestro pensamiento político provienen de dos vertientes. Por un lado, del fundamento de la autoridad, tal como se origina en el pensamiento de los clásicos de la Grecia y Roma antiguas y, por otro lado, del fundamento de la libertad, tal como se encuentra en el pensamiento liberal de la modernidad. Hannah Arendt registró con su maestría habitual que autoridad no se confunde con autoritarismo, por el contrario, este último se basa en la ausencia de autoridad. El concepto griego y romano de autoridad implica una obediencia en la cual los hombres retienen su libertad. Cuando son las leyes las que gobiernan, los hombres son libres porque no están subordinados a otros hombres. Participar en la política supone, antes que más nada, aceptar la autoridad de la ley y de las tradiciones instituidas. Supone también aceptar sin reparos la legitimidad de la división entre gobierno y gobernados. La coerción o la persuasión no crean ni mantienen la autoridad. Sin la existencia de una autoridad así entendida, cualquier régimen político se transforma en una ficción al servicio del primer déspota que aparezca.

La segunda vertiente rescata la importancia de la libertad como elemento orientador de la acción. La libertad pública tiene una raíz antigua, pero su vivencia subjetiva o internalizada por el individuo como fundamento de la vida humana fue un invento de los modernos, la misma era desconocida por los antiguos. Obviamente, esto no quiere decir que la libertad deba ser entendida como un espacio íntimo en donde el individuo puede refugiarse de la opresión externa. La libertad implica también una relación externa objetiva. Pero es recién cuando la libertad es internalizada que el individuo puede ser reconocido en cuanto tal. Los atenienses decidían libremente en la plaza pública los destinos de la polis, pero su aceptación de la esclavitud torna evidente que ellos no reconocían la libertad como algo intrínseco del individuo. La libertad de los griegos era otorgada por la polis. En la tradición liberal, al contrario, es un derecho inherente del individuo, motivo por el cual el Estado solo puede restringir la libertad de un individuo apenas cuando este afecta los derechos fundamentales de otro. Esta libertad de los modernos otorga al individuo un valor supremo que libera a la historia de la condena de la repetición. La acción política de la tradición liberal inaugura el pluralismo. Esta libertad internalizada permite a los individuos ser iguales y diferentes al mismo tiempo, algo que a los antiguos les era imposible. Es con esta libertad que el individuo alcanza los medios para obtener de la sociedad el máximo de reconocimiento de sus meritos, desarrollando al mismo tiempo sus potencialidades productivas, científicas y culturales.

Autoridad y libertad, así entendidas, son los pilares de la política en la modernidad. Su mayor presencia o ausencia define la calidad de la política, su capacidad para producir resultados buenos o malos, tanto para los individuos como para la sociedad en su conjunto. Desarrollando estos conceptos en términos de *habitus* imaginamos una ecuación hipotética que explicitase lo que llamamos la condición humana de la política (P), la cual serviría para medir relativamente la potencia positiva o negativa de las sociedades existentes desde una perspectiva política. Las vertientes más significativas de la fórmula pueden ser rastreadas en Aristóteles, Nietzsche, Hannah Arendt y Norbert Elias.

La ecuación es la siguiente: **$P = f(\text{Rec} \cdot \text{ED}) - (\text{Res} \cdot \text{Pop})$**

En donde **P** es función (**f**) de variables que indican los grados de:

- **Rec**: reconocimiento colectivo que obtiene el mérito individual, independientemente o por encima de cualquier tipo de diferencia social o cultural preexistente en la sociedad;
- **ED**: Estado de Derecho (*Rule of Law*), atendiendo no apenas para o funcionamiento del sistema jurídico e legislativo, sino muy especialmente para el cumplimiento efectivo de las leyes en vigor por parte de los ciudadanos;
- **Res**: resentimiento colectivo de cualquier origen internalizado en los individuos a partir de supuestas memorias históricas;
- **Pop**: populismo, entendido como la identificación de las masas con líderes políticos por encima de las instituciones representativas del Estado.

Estas variables no apuntan a la retórica de los actores o a determinadas ingenierías institucionales o económicas, sino a la internalización por parte de los miembros de una sociedad de los fundamentos de autoridad y libertad (antes mencionados) en la forma de *habitus*. Cada una de esas variables, a su vez, está constituida por una madeja de otras variables, que bien podrían ser definidas a partir de otras ecuaciones (cosa que, para alivio del lector, no será hecha en este postfacio). Los mecanismos de reconocimiento del mérito están asociados claramente a la internalización del funcionamiento de una sociedad igualitaria e individualista basada en la libertad de corazones y mentes. Del mismo modo, el Estado de Derecho (*Rule of Law*) debe asociarse al principio de autoridad. Las variables que cuidan del resentimiento y del populismo deben ser entendidas de manera relativamente inversa a las anteriores. Aunque no existen relaciones directas de las variables entre sí, en la medida en que ellas son definidas por campos de fuerzas complejos que reaccionan de forma sistémica, se verifica, sin embargo, cierta reciprocidad inversa entre reconocimiento y resentimiento, por

un lado, y Estado de Derecho y populismo, por otro. Esto es, una sociedad con mecanismos aptos para producir niveles satisfactorios de reconocimiento del mérito individual está más vacunada contra el germen del resentimiento que otra donde esto no ocurra y viceversa. Lo mismo puede decirse de la relación existente entre populismo y Estado de Derecho. El populismo, a pesar de manifestarse de múltiples formas a lo largo de la historia (tanto democráticas como dictatoriales), a través de todas ellas expresa la negación de la autoridad, produciendo un vaciamiento de la ley y transformando a los ciudadanos en masa. Son abundantes los ejemplos en la América Latina del siglo XXI que prueban la propensión para caer en el populismo de las democracias con un grado bajo de Estado de Derecho.

Las variables de la ecuación se basan en indicadores construidos a partir de diferentes niveles de análisis: social, político, económico, cultural, jurídico, psicológico, etc., los cuales movilizan prácticamente al conjunto de las ciencias humanas. La condición humana de la política no podría derivar apenas de la ciencia política, su análisis implica un esfuerzo epistemológico interdisciplinar. Aunque no sea este el lugar adecuado para hacer una defensa de la interdisciplinaridad, registremos al menos que el reduccionismo de las ciencias sociales contemporáneas poco ha ayudado a comprender la creciente complejidad de la realidad política. Pero no solo la fórmula es interdisciplinar, cada una de las variables que la componen son intrínsecamente interdisciplinarias. Ellas articulan los principales campos de fuerza positivos (las variables Rec y ED) y negativos (las variables Res y Pop) de las relaciones sociales y políticas que definen la naturaleza de la política de acuerdo con los fundamentos de la autoridad y la libertad.

No es este el lugar para justificar el álgebra de la ecuación, la misma expresa una hipótesis teórica sobre determinada dinámica de la sociedad y, en consecuencia no precisa ser justificada empíricamente para tener derecho a ser enunciada. Ella podrá ser refutada o no, si haber interés por parte de la comunidad académica en investigar experimentalmente la naturaleza interdisciplinar y compleja de los fundamentos de la política. El particular vínculo algebraico de las variables (multiplicación de los factores positivos entre sí, restados por la multiplicación de los factores negativos) fue construido, en un 50%, a partir de cálculos y observación comparada de los diversos países del sistema internacional y, en otro 50%, a partir de un insight. No es este el lugar para presentar el extenso análisis comparativo que justifica el primer 50%. Pero si vale la pena comentar que el segundo 50% tiene mucho que ver con la tentativa de explicar las paradojas que se producen en la mayoría de las análisis

comparativas de tipo estructuralista, en donde el lector debe recurrir a un *Deus ex machina* para entender los acontecimientos de la historia. Es bastante conocido el chiste sobre la existencia de cuatro tipos de países: los ricos, los pobres, Japón y Argentina (en donde Japón es rico cuando tenía todo para no serlo y, viceversa, Argentina es pobre, cuando tenía todo para no serlo). No es necesario excluir ninguna de las varias explicaciones que intentan analizar las circunstancias de paradojas como esta. El objetivo de la formula es ayudar a pensar los factores políticos internalizados en cada sociedad que la llevan a producir buenos o malos resultados, muchas veces contradiciendo sus circunstancias económicas o institucionales objetivas.

Resumiendo, esta es una tentativa teórica de explicación de la realidad que, entre otras cosas, ayuda a disolver las paradojas resultantes de los análisis excesivamente estructuralistas (economicistas o institucionalistas) que ignoran o descuidan la condición humana de la política. La escasez pronunciada de análisis realistas y la creciente ola de análisis construccionistas que asolan actualmente a las ciencias sociales, dificultan la percepción del núcleo duro de la experiencia social acumulada en la vida de una nación, que de modo objetivo y subjetivo condiciona duramente la política construida a partir de la voluntad y el deseo de los actores, sin que estos puedan ser concientes.

La práctica política está atravesada por factores de orden racional e irracional, que no excluyen las pulsiones producidas por sentimientos y pasiones. Pero la irracionalidad de las pulsiones no implica que el analista no pueda comprobar su existencia de forma empírico-racional con indicadores precisos. En este sentido, aunque la elaboración de los indicadores para operar esta ecuación sean muchísimos más complejos que aquellos utilizados para medir el desarrollo humano por los organismos de las Naciones Unidas, la posibilidad existe. Los obstáculos metodológicos no son insalvables. Nada impide medir el resentimiento o el populismo de una determinada sociedad, excepto el preconceito ideológico de querer llamar a estos factores por otros nombres. Obviamente, no podríamos pedir a partidarios de Chávez o de Fidel Castro que definan los indicadores del resentimiento o del populismo, ya que sus líderes se sustentan en ideologías basadas en esos nutrientes. Pero con suficientes recursos, además del necesario esfuerzo de distanciamiento científico del objeto de estudio, es posible construir *surveys* de validez universal para medir grados de resentimiento o de populismo, o de Estado de Derecho y de reconocimiento, en cualquier sociedad y cultura. No es preciso defender una presunta neutralidad valorativa del observador para realizar esos *surveys*.

Establecidos claramente los criterios metodológicos, las diferencias entre individuos de diversos orígenes étnico, racial o civilizatorio, tienden a diluirse en términos de las variables que constituyen la ecuación. El resentimiento circuló con el mismo vigor en el Japón Imperial como en la Alemania Nazi, a pesar de esos países estar situados en culturas y continentes distantes. Lo mismo ocurre con el reconocimiento y las otras variables en cualquier momento histórico.

El lector puede, naturalmente, discordar sobre el valor científico de la ecuación, pero sus presuntas carencias no se pueden extraer de las dificultades metodológicas que vengan a existir para establecer valores razonables a sus variables. Existen sociedades pautadas con grados mayores o menores de resentimiento, de la misma forma que existen sociedades pautadas con grados mayores o menores de las otras variables. La distancia histórica con la primera mitad del siglo XX nos permite hoy verificar que el ascenso al poder de los diversos fascismos europeos, así como del comunismo ruso, fue acompañado por la excacerbación del resentimiento y del populismo integrados al *habitus* nacional de los países que los albergaron. Del mismo modo, fue el *habitus* nacional de la tradición anglo-sajona, más fuertemente asociado al Estado de Derecho y al reconocimiento del mérito individual en las sociedades modernas, quien mejor enfrentó esos tiempos oscuros.

Una virtud de la ecuación presentada es que disloca el eje del análisis político para cuestiones situadas al margen de los discursos tradicionales de los actores de izquierda y derecha, al mismo tiempo que llama la atención para los factores que están por detrás de los países que tienen capacidad de adaptación positiva o negativa a los cambios históricos de media o larga duración. En otras palabras, introduce nuevos elementos en el enrarecido debate sobre desarrollo y democracia en América Latina. Llama la atención, por ejemplo, la dificultad existente en este debate para reconocer que el progreso, entre los países del mundo en desarrollo, tiende a estar asociado a países que tuvieron menores dificultades en asumir las premisas de las democracias de mercado. La política no depende de supuestas ideologías de los actores en torno de la democracia, del socialismo o del capitalismo. Estas instituciones sirven poco para evidenciar la condición real de la política. Esta no deriva de cualquier ingeniería reduccionista o voluntad linear de los actores, sea de origen social, política o económica. La condición de la política depende de campos concretos de múltiples fuerzas que fortalecen o debilitan la capacidad de un determinado país para adaptarse creativamente a sus diversas circunstancias históricas.

El cambio de características importantes del *habitus* nacional es posible, pero no es un hecho simple ni frecuente en la historia de un país. El capítulo sobre Argentina parte del presupuesto que en el año de 1943 hubo un divisor de aguas importante entre dos ciclos históricos con características antagónicas, lo cual significa que ocurrieron cambios decisivos en el *habitus* nacional. El capítulo sobre Brasil, en cambio, presupone un *habitus* nacional más constante a lo largo de su existencia como país. Tanto en uno como en otro país, la acción política de los actores de la época hizo que las cosas fueran en una o en otra dirección, pero en ningún caso esto implica que ellos fueron concientes de las características en transformación o no de sus respectivos *habitus* nacionales. Pero esto no supone que exista un “ser nacional” de corte metafísico. Los *habitus* pueden sufrir cambios o no, pero no existe un determinismo o fatalismo que conduzca estos procesos. La sabiduría histórica y el espíritu público de una determinada generación pueden cambiar de forma gradualmente positiva el *habitus* de una nación, así como la miopía histórica y el salvajismo de otra generación puede conducir estos cambios en la dirección opuesta. Pero también puede ocurrir que la locura de una generación sea duramente golpeada por la realidad y los cambios sean más rápidos, como fue el caso de la Alemania y el Japón totalitarios en la Segunda Guerra Mundial, que a partir de sus derrotas y posteriores ocupaciones por los Estados Unidos, adoptaron en poco tiempo y de forma profunda los valores y prácticas de la democracia de mercado.

Aunque la historia se escriba siempre por caminos inesperados y los factores para producir correcciones positivas de los *habitus* nacionales no están asociados a las utopías de los actores, para aquellas sociedades que no hayan retrocedido demasiado en la historia, siempre es posible inspirarse, de un modo u otro en las prácticas sociales exitosas, acumuladas en los grandes ciclos de la historia y condensadas en determinados países. Y mirando para el sistema internacional contemporáneo lo que se ve son comunidades políticas que han conseguido constituir a lo largo de su historia *habitus* nacionales mejores que otras, desde la perspectiva de su capacidad para atender a los deseos de felicidad de sus ciudadanos. Y estas comunidades tienen sus *habitus* asociados al espíritu de las democracias de mercado. Pero se engañan aquellos que piensan que este es un modelo de exportación que se aplica de la misma manera en cualquier tiempo y lugar. Cada sociedad deberá encontrar su camino superando las particulares limitaciones de su propia historia. Pero nadie tiene derecho a engañarse sobre los efectos perversos de una voluntad política al servicio de las sombras de la caverna.